



Iván Carvajal

INVENTANDO A LENNON

Prólogo:
María Augusta Vintimilla



Portada de la primera edición de *Inventando a Lennon*, prólogo de Juan González Soto, Ediciones Libri Mundi/Enrique Grosse-Luemern, Quito, 1997. Imagen: fotografía de Marcela García

INVENTANDO A LENNON

Inventando a Lennon, de Iván Carvajal, es el primer título de la colección «Poesía Equinoccial», un proyecto de la Casa Editora de la Universidad del Azuay dedicada a la poesía ecuatoriana contemporánea.

© Herederos del autor, 2026

© Iván Carvajal, 1997

© De esta edición: Universidad del Azuay-Casa Editora, 2026

ISBN: 78-9942-54-157-4

e-ISBN: 978-9942-54-158-1

EPUB: 978-9942-54-159-8

Concepto y edición: Cristóbal Zapata

Diseño y diagramación: Juan Pablo Ortega

Revisión de textos: Silvia Ortiz Guerra

Imagen de cubierta: Diego Jaramillo, Sin título, de la serie *Parajes*,
acrílico sobre lienzo, 80 x 100 cm, 2026

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni

Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi

Directora Casa Editora

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio,
sin la autorización expresa del titular de los derechos.*

Cuenca, Ecuador, 2026



**UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**

Casa 
Editora

Iván Carvajal

INVENTANDO A LENNON

Prólogo:
María Augusta Vintimilla

IVÁN CARVAJAL Y EL VÉRTIGO CONTEMPORÁNEO

María Augusta Vintimilla

En esa cháchara de feria, en ese tumulto, asiré mi
lengua, sus dos filos.

Virtud de comediante, sagacidad de quiromántica,
canto en el tumulto.

Aprenderé a nombrarte, vida, vaso, con las huellas...

IVÁN CARVAJAL, «A la entrada del parque»

Inventando a Lennon, publicado por primera vez en 1997, es un poemario escrito en el umbral de una mutación cultural que apenas empezaba a insinuarse, cuando una forma de sensibilidad comienza a transformarse y las formas heredadas se muestran insuficientes para dar cuenta de la experiencia de un mundo sometido a un cambio vertiginoso. Es la época de las megalópolis que albergan a millones de seres humanos, de la expansión del poder tecnocientífico hasta extremos impensables, de la inmediatez y la simultaneidad que acarrea el desarrollo de las comunicaciones, de la propagación de la cultura mediática con su proliferación irrefrenable de imágenes que transforma en espectáculo todos los ámbitos de la existencia y coloniza todos los espacios, des-

de la política hasta la vida privada, modificando significativamente la sensibilidad y los hábitos de percepción cotidiana.

Mucho antes de que la revolución digital alterara de manera irreversible nuestra relación con el tiempo, con la historia, con la memoria y el lenguaje, Iván Carvajal intuyó que la poesía ya no podía seguir escribiéndose como si nada hubiera cambiado. La pregunta no consistía únicamente en qué decir, sino en cómo encontrar una forma poética capaz de responder a una sensibilidad que estaba dejando de ser moderna sin haber encontrado todavía un nombre para sí misma.

Como él mismo ha mencionado, *Inventando a Lennon* se originó durante sus años de estancia en México a comienzos de los noventa, cuando la experiencia de vivir en la megalópolis fue decisiva para cambiar su visión del mundo, no solo por la confrontación con el tráfico urbano de la ciudad laberíntica, la cultura de masas y el flujo interminable de las muchedumbres, sino también por el descubrimiento de la coexistencia caótica y simultánea de vestigios provenientes de épocas históricas y entramados culturales muy diversos. De esta experiencia surge la metáfora de Babel, la ciudad laberíntica que recorre todo el poemario y que condensa esa multiplicidad abigarrada de signos, voces, percepciones y sensaciones que caracterizan el vértigo contemporáneo.

La figura de John Lennon, que aparece en el título y reaparece de manera explícita o velada a lo largo del poemario, abre la pregunta sobre el destino del arte y del artista en el mundo contemporáneo y, más precisamente, la reflexión sobre el poema y la escritura poética, su relación con lo real, con el mundo de la vida, con la historia, con la memoria personal, con el lenguaje,

asuntos que son la materia y la sustancia de este poemario. Lennon es el ícono pop, pero también es el artista rebelde vinculado a los movimientos contra la guerra de Vietnam, contra el consumismo, contra la degradación de la vida en la sociedad capitalista del dinero y la ganancia, y es el ídolo que murió asesinado sin razón en una calle de Nueva York. En el poemario la figura de Lennon funciona como un punto de condensación donde convergen, se mezclan y se refractan el mito, la cultura de masas, el espectáculo, fragmentos de la historia, hilachas de la memoria colectiva y de la biografía individual. Inventar a Lennon es trazar sus recorridos, como un Ulises derrotado que hubiera recalado en una época en la que no hay lugar para el heroísmo, merodeando por escenarios urbanos, por calles, barracas, puertos, cantinas y bazares, pero también por los restos entremezclados de la historia y la memoria.

Lennon funciona como una presencia que se busca precisamente porque está ausente. El poemario no pretende encontrar al personaje histórico, sino inventarlo, mostrar cómo una figura, una época, una memoria colectiva y una experiencia personal se transforman cuando pasan por el lenguaje. El Lennon que emerge es un Lennon inventado/creado por el poema.

Una de las preguntas que atraviesan el poemario es cómo puede hacerse audible el poema en medio de la proliferación de lenguajes que constituye la Babel contemporánea. No se trata solo de oponer una lengua poética a las lenguas utilitarias del Estado y del mercado, sino de buscar, en medio de ese tumulto, una forma de escucha y de palabra que no quede sometida a sus usos instrumentales. El poema se abre en las grietas de los discursos establecidos, atento a aquello que todavía no

ha encontrado nombre, capta el asombro ante la vastedad y la extrañeza del mundo, se demora en sus vibraciones y, desde esa escucha, se aventura hacia lo que permanece desconocido.

Hay una congruencia entre la materialidad del poema y la materialidad sonora del mundo: el poema hace sonar aquello que nombra. Todo cruje, chirría, rechina, grita; suenan huracanes, violines, voces de la multitud. Las aliteraciones, onomatopeyas, rimas internas, juegos vocálicos y consonánticos producen una materia verbal que no se limita a representar el mundo, sino que busca reproducir su estridencia, su turbulencia y sus contrapuntos. Los cambios abruptos de tono, ritmo y registro discursivo hacen convivir la reflexión meditativa con lo coloquial, lo lírico con lo prosaico, la memoria histórica con la escena cotidiana.

El poema titulado «Final» ofrece un ejemplo particularmente revelador: la muerte de Lennon no es narrada ni reconstruida de manera lineal, sino montada mediante fogonazos, imágenes, voces y asociaciones que reproducen la discontinuidad de una percepción sometida al vértigo. El montaje visual encuentra así su correlato en el montaje verbal y sonoro: la forma fragmentaria del poema no solo representa un mundo fragmentado, sino que procura hacerlo vibrar en la propia materia de las palabras.

El fogonazo abre los pétalos de la rosa final.

Roja asciende a través del pecho en la noche. Y con el estallido resuenan los antiguos cobres, las maderas.

Un gran bombo ancestral golpea en los pasillos,
ante las puertas.

Vuelan en añicos del ventanal y su paisaje. La
navaja de un trino revolotea entre oboes,
clarinetes, flautas, para perderse en el
virtuosismo del arco sobre el chelo.

Trino y luego algarabía.

Monos que aúllan rasgando el aire, el estertor del
faisán, el lamento nocturno tras el
degüello en la sabana.

Baja la luz hacia la nieve hollada. La orquesta
desciende hacia las fosas. La noche
se precipita en una boca insondable, sorda,
demasiado sorda a ese rumor final que se
alarga entre los muros, entre las grietas.

Inventando a Lennon no es una colección de poemas reunidos por sus afinidades de tono o de su asunto; se trata de un poemario muy orgánico, con un diseño compositivo preciso: cinco secciones ligadas por una cierta progresión narrativa en la que cada sección desarrolla un motivo dominante, desde los poemas aurales del origen en «Presagio» hasta el atisbo de la catástrofe final en «Los juegos de la tribu» que conjetura un futuro distópico. De alguna manera la estructura del poemario evoca, salvando todas las distancias, los movimientos de una obra sinfónica y coral, no solo porque cada sección desarrolla un motivo dominante sino porque internamente se modifica el *tempo*, el ritmo, la sintaxis, el re-

pertorio léxico y la temperatura emocional de cada movimiento. En otras palabras, el poemario es sonoro no solo en sus procedimientos verbales, sino que hay una organización musical en la composición del conjunto.

«Presagio» es la primera sección del poemario y funciona como una obertura. Allí aparecen las sustancias primordiales: la luz, el barro, la sangre, la piedra, la semilla, el nacimiento, el don; el universo parece abrirse simultáneamente hacia la inmensidad cósmica y hacia la fragilidad del cuerpo humano. Todo se encuentra todavía en estado germinal. En el poema «Vestigios» escribe:

Restos,
limaduras, terracota.
El sol gira desparramando el polvo
del ancestro
por el jardín, donde el pequeño escarba,
al pie del duraznero

Desde el comienzo aparece una de las constantes del poemario: la alusión al poema y a la escritura poética como un don, una dádiva gratuita que brota del mundo, se dirige al poeta y al lector, y los vincula en una experiencia común. Pero se trata de un don reticente, que no se ofrece de manera plena ni transparente: apenas se entreabre en el espesor de las cosas, entre sus restos y sus ruinas para que, primero el poeta y luego el lector en su acercamiento al poema, pueda atisbar fugazmente algo que permanece oculto. Así ocurre en «Aurora», el poema que abre el libro, donde un «viejo rumor» despierta con el grano, como un «polvo germinal» que

guarda «el sueño de la tierra»; en ese movimiento oscuro de germinación quizá el don pueda «fulgurar entre las ruinas», «desde las piedras de las ciudades venidas abajo, después de la violencia, el sacrificio y el olvido». La poesía es una forma de escucha de lo que persiste entre los despojos: un rumor apenas perceptible que el poema recoge sin pretender restituir una totalidad o una trascendencia que no existe.

Esta concepción se vuelve explícita en el poema «Lo secreto». El poeta se enfrenta a un mundo de «cifras, registros, resguardos» que guardan celosamente el don destinado por unos «dioses parcos». Acceder a ese don exige una disposición particular: escuchar «el balbuceante gemido», buscar «entre grietas», agacharse «tan abajo» para encontrar una «llave perdida» o una «moneda». El poeta no recibe pasivamente una revelación, sino que deberá buscarla entre lo fragmentario, lo insignificante y lo oculto. El poema nace de esa búsqueda y conserva en sí mismo la condición de aquello que encuentra, que nunca es una verdad íntegra, sino apenas una huella, un resplandor, un resto. De ahí también su carácter de dádiva: lo que el poema ofrece al lector no es la posesión de un secreto, sino la posibilidad de entreverlo.

En «Retablos», la segunda sección, se ralentiza el movimiento y los poemas se vuelven más extensos, más meditativos, más próximos al versículo. Cada uno constituye una escena donde la atención se demora sobre un fragmento del mundo: el parque, la roca, el diamante, el viento, el cuerpo amado. Un largo verso del poema «Por la caña aúlla el viento» dice:

Traen sus ruidos la catarata, el desplome de los troncos trabados en el dique de los castores, el hermoso aullido de las salvajes bestias. Festín, fortaleza, cielo, dentellada y degüello. Dichoso es el grito de la hembra del lince, penetrada. Inútil, fatídico el chillido del ratón entre las garras del búho.

Las imágenes brotan desde la materia del mundo y su rumor resuena en la subjetividad abriendo paso a la reflexión poética: «¿Hubo otro universo así, tan a la mano? Un universo coagulado en un trozo de pan, en el tibio mordisco dado en la fruta.», dice el comienzo del mismo poema.

En esta sección, la mirada poética convierte el fragmento en un umbral: una frontera entre el mundo y el poema que, lejos de separar y aislar, establece una continuidad entre ambos provocando una apertura hacia otra dimensión de la experiencia. La mirada se demora sobre una parcela mínima de lo real, no para convertirla en signo de una realidad trascendente ni para hacerla representar algo mayor, sino para abrirse a la hondura que alberga en su propia singularidad. Cada fragmento vale porque no se agota en lo que muestra: contiene un espesor que desborda toda posibilidad de conocimiento o representación completa. Así, el poema se sitúa en ese borde donde la cosa y la palabra se rozan, aunque preservando su distancia: el mundo ofrece el fragmento y la mirada poética, al demorarse en él, lo convierte en una apertura hacia lo que no puede ser enteramente nombrado.

Con «Travesías» hay un cambio de tono y de perspectiva cuando el territorio poético traslada la mirada desde los elementos primordiales y los escenarios natu-

rales —sin abandonarlos del todo— hacia el viaje, el movimiento, la historia y la aventura. Los restos son la forma en que ha sobrevivido la historia. Imperios, guerras, navegaciones, conquistas, ciudades, bazares, puertos, memorias, naufragios y ruinas desplazan el centro de gravedad hacia la experiencia colectiva. En «¡Tierra!» escribe:

Yo no hablo de Colón ni de su empresa. Hablo de
marineros que ayer cruzaban un mar muerto
y hoy traen los talones de heridos por las agujas de la sal.

Indagan a los dioses, miran fluir las aguas lodosas.
Heridas las retinas por el cambiante color del
oleaje en esas pardas masas líquidas que vomitan los deltas.

Hoy danzan arriba, en cubierta, envueltos en
jirones.

Mañana tal vez van a cantar, tal vez van a morir.

Es la sección donde emerge con fuerza la otra dimensión fundamental del libro, la multitud, la colectividad humana donde el sujeto, el yo, inscribe su singularidad. Lejos del relato monumental de la historia, los poemas evocan fragmentos deshilvanados, entremezclados con la vida cotidiana, con el deseo, con el gesto irónico, como sucede en «Lecciones de historia universal» cuando el poeta evoca fragmentos de escenas históricas entremezcladas mientras bebe «una lata de cerveza en la playa» y «chupa su cigarrito» pensando en la mu-chacha deseada:

Quiero llevarla al cine,
a la grata oscuridad de los graneros.
Hurtaré un ramillete, saltando las verjas,
y a la noche escaparemos,
tal vez en ese viejo ford.

La historia que aparece en «Travesías» no se presenta como un relato continuo ni como una sucesión ordenada de acontecimientos. Lo que llega hasta el presente son vestigios que han sobrevivido a la desaparición de los mundos que una vez les dieron sentido. En el poema «Memorias», esta condición de la historia aparece llevada a su extremo, «Restos ya sin jerarquías, apiñados, / unificados al fin en su destino. / El polvo. Innumerables...» La imagen borra las jerarquías con que el discurso histórico organiza el pasado y reduce sus acontecimientos a una acumulación indiferenciada de residuos.

Tal vez eran los restos de la Segunda Guerra
Mundial.

Tal vez los restos de las guerras que vinieron
después.

¿Cuántas recuerdas? Reportajes en la pantalla:
viste caer miles en Argelia, Corea, Vietnam,
en África, en América, en el Pérsico, en Sarajevo.

Como en toda la obra de Iván Carvajal, el mito es también una cantera de imágenes que transportan condensaciones de sentido, y al igual que la historia, aparecen como desechos de mundos del pasado, como vestigios culturales resignificados. En «Balada de la Afrodita del arrabal», por ejemplo, aparece la figura mí-

tica desplazada y recontextualizada: Afrodita sobrevive en una muchacha arrabalera despojada de la majestad de la diosa y sometida a la precariedad, el deseo y la vulgaridad de la ciudad contemporánea. En estos poemas Carvajal no restaura el mito sino trabaja con lo que persiste de él, una imagen que ha atravesado el tiempo y llega transformada a un escenario urbano degradado. De nuevo, como en «Puerto» y «Memorias», la cultura aparece hecha de restos que se mezclan y confunden con el presente, pero el resto mítico conserva siempre una potencia que excede su degradación. El poema se cierra con estas líneas:

Allá va, allá va, la loca
y nunca llegará el errante,
aquél que debiera llorar su eterna
desolación sobre su pecho pequeño.
Allá va, menuda, con su canto.

Y ahora que se vuelve a la ciudad,
por tres centavos te dejaría poner
tu torpe mano entre sus muslos.
¡Bah! Ya jamás tendrás esa canción
que ella susurra para el agua.
Una canción que escucho en la aurora,
desde su más profundo sueño.

Es inevitable evocar el diálogo que establece este poema con *La tierra baldía*, de T. S. Eliot, y especialmente con su «Canción de amor de Alfred J. Prufrock»: su vagabundeo por calles semidesiertas, los hoteles baratos de una noche y ese momento en que escucha el canto de las sirenas y sabe que no cantan para él. Car-

vajal recorre, sin embargo, un camino distinto: en sus poemas la ciudad no es solamente el escenario de la alienación y la parálisis, sino también un espacio de mezcla incesante, donde la belleza sobrevive inesperadamente entre mercados, anuncios publicitarios, carnicerías, estaciones o tranvías.

La fragmentariedad de estos poemas no es únicamente un procedimiento formal sino la expresión de una concepción de la historia y de la memoria, de cómo el rumor del pasado nos llega deshilvanado, y de cómo la escritura poética lo resignifica en el poema.

La cuarta sección, titulada «La vecindad de Lennon», lleva esa intuición hasta sus últimas consecuencias. El título mismo propone un nuevo desplazamiento. Aunque crece la presencia de Lennon, el libro no pretende escribir su biografía poética ni tampoco una elegía; Lennon apenas permanece como una sombra esquiva que atraviesa las páginas y que, como otras figuras míticas, provoca ecos y umbrales de sentido. Los poemas de esta sección amplifican la voz plural que ya había comenzado a insinuarse antes. «Teatro del mundo», «Muchedumbre», «Hacia Babel» y «Habitantes de Babel» convierten la ciudad contemporánea en un inmenso escenario donde se mezclan santos y mercaderes, revolucionarios y monjes, actores y espectadores, héroes y bufones, poderosos y sometidos. El poeta ya no observa la multitud desde fuera sino que forma parte de ella. «Yo, la algarabía», concluye «Teatro del mundo», que comienza con estos versos:

Una masa de actores y espectadores conspicuos,
obsesivos, enmascarados, sinceros tenaces,
misioneros,

traidores, trotamundos, tahúres y densos borrachos, lívidas muchachas embellecidas, perfumadas, lustrales madres adornadas con violetas o sargazos.

En medio de esa proliferación de voces reaparece en el poema «Los dones» —uno de los poemas que mejor condensa la poética del libro—, el poema meditativo, la escucha atenta a los llamados de la realidad, el objeto mínimo y el universo inabordable, la imposibilidad del conocimiento absoluto y la obstinación de la búsqueda, el rumor, la memoria, el verso olvidado, el umbral. El libro parece detenerse un instante para recordar que, incluso en Babel, en medio del tumulto y la cháchara de feria, el poema sigue naciendo de una paciente atención al mundo.

Si te detienes a contemplar por un instante ese
pequeño arsenal, el diente de la mazorca, puedes
mirar lo muy distante en ese grano: un
centro inabordable, innominable.

No puede la mente asir la infinitud, ni la ficción
cercar lo singular hasta agotarlo.

y concluye de este modo:

¿Y qué resuena también en mi memoria? Aquellos
cantos de mujer entre los arrecifes o esa antigua
música de la noche... Esa música de las
esferas que te sorprende a veces en medio de
la estepa, en el hueco mismo de la borrasca.

Quizá invente para mí un relato. ¿Una epopeya?
Tal vez una fábula torpe. La reconquista de un
verso que yacía olvidado.

Un rumor en el umbral.

Finalmente, «Los juegos de la tribu» funciona como una verdadera coda sinfónica. Todo lo anterior converge en un único poema extenso donde espectáculo, violencia, tecnología, guerra, consumo y ritual aparecen fundidos en una misma escena: la especie humana sometida a sus propias máquinas de destrucción. La tribu contempla desde las pantallas la destrucción de otra tribu. Los periodistas narran, los sacerdotes bendicen, los expertos administran el sentido, los jugadores aprietan botones, los filósofos observan satisfechos. Mucho antes de que la sociedad digital hiciera evidente la espectacularización de la violencia, Carvajal había entrevisto ya esa inquietante transformación. En esta última sección, el poema dice: «El crupier lanza los dados. La risa de Lennon vibra en el chasquido de las aristas...». Lennon, el ícono de la utopía, la paz y la revolución cultural de masas, queda atrapado en el engranaje del «último hombre».

La utopía ha sido domesticada y la rebeldía se ha convertido en mercancía y juego de azar para el entretenimiento de una tribu indiferente que habita la mortaja de escombros de la historia. El «pie descomunal» que aplasta al pequeño saurio en la línea final del poema es el recordatorio definitivo de la brutalidad tecnificada y vacía de esta era. Carvajal, como lector atento de Nietzsche, logra en esta última sección una intuición poética devastadora: la modernidad occidental no produjo al

superhombre que predicaba el filósofo alemán, sino a una tribu de «últimos hombres» de una civilización tecnológica, hiperconectados, cómodos y espiritualmente extintos.

Aún así, el tono general del poemario es ajeno a la lamentación nihilista y desesperanzada, es más bien una afirmación del acto poético aún en estos *malos tiempos para la lírica*, para retomar el título de uno de sus primeros poemarios. Desde el comienzo hasta el final persiste una confianza silenciosa en el poema, inclusive cuando afirma su incapacidad para redimir la historia o para ofrecer respuestas definitivas, e inclusive para contener la experiencia vital que provocó su escritura. Aun en medio de la confusión de las lenguas, todavía es posible sostener una forma de atención al mundo de la vida que es irreductible a la propaganda, a la consigna política o al espectáculo. La lengua poética es una práctica de resistencia, a pesar de que no pretende disputar nada a las lenguas utilitarias del estado y del mercado. Como nos dice en el poema «A la entrada del parque» que he recogido en el epígrafe:

Señuelos del timador, tinglados del seductor,
mumulos. Murmullos de oratorio, de tras-
tienda, de cortinaje.

En esa cháchara de feria, en ese tumulto asiré mi
lengua, sus dos filos.

Virtud de comediante, sagacidad de quiromántica,
canto en el tumulto.

Aprenderé a nombrarte, vida, vaso, con las huellas...

Han transcurrido casi tres décadas desde la publicación de *Inventando a Lennon* y muchas de las transformaciones que entonces apenas comenzaban se han intensificado hasta extremos difíciles de imaginar: la Babel contemporánea se ha expandido en los inmensurables territorios digitales en los que la circulación de imágenes y discursos se ha vuelto instantánea y el espectáculo copa todas las dimensiones de la vida cotidiana; los seres humanos nos enfrentamos a la posibilidad cierta de una mutación que nos aproxime a las máquinas o, quien sabe, a la extinción. Leer hoy el poemario de Iván Carvajal nos hace ver la sorprendente actualidad que conserva porque intuyó con extraordinaria lucidez una pregunta que continúa siendo la nuestra: ¿cómo preservar una experiencia significativa del mundo cuando todo parece convertirse en ruido, velocidad, espectáculo y dispersión?

El poema no alcanza nunca el centro inabordable que persigue. Pero justamente porque sabe que no lo alcanzará, continúa avanzando hacia él, con la paciencia del que sigue escarbando entre los vestigios, escuchando el rumor del mundo y abriéndose a la esperanza de que, todavía, el don pueda fulgar entre las ruinas.

Cuenca, septiembre de 2026

Para Ismael y Amaranta

I

PRESAGIO

AURORA

Cielo arriba arremeten los potros.
Cielo arriba, arrebatando
los pámpanos de luz.

El hombre, en tanto,
luciendo la energía del músculo,
mide a zancadas el espacio abierto.

La avenida se pierde,
bordeada por los eucaliptos.
¿Quién espera en la sombra?

Erguido en su pregunta,
el joven vuelve la mirada
hacia las obras del viento.

Crestas de mineral hirviente,
cóndores que levantan el vuelo,
el óleo donde madura el presagio...

El confín se ha vuelto hacia esa intimidad,
sagrada y sangrante. En un palpito,
congrega las auroras.

¿Desespera la madre?
¿Saltan enloquecidas las aguas sobre el lecho?
¿Se precipitan en catástrofe?

Un viejo rumor despierta con el grano.
Tal vez el polvo germinal,
el sueño de la tierra.

Quizás entonces el don fulgure entre las ruinas.
Quizás desde las piedras de estas ciudadelas venidas
abajo,
después de los despojos, la cobardía, el sacrificio, el
olvido.

NOCHE

Fuegos de artificio
caen hacia la plaza
sobre un espejo sin fondo.
¿Por dónde pierdo el rastro?
¡Qué lejanas las íntimas querencias!

Ya con las maderas encendidas,
perfumando sus naves, la noche
dispersa los escombros.

Ascienden al lecho las estrellas.
Se desparraman.

NACIMIENTO

Aúlla,
desprendiéndose del ventanal,
una mujer. Aúlla
arriba del alto paredón.
Muerde su seno,
más que una boca,
una abierta grieta.
Esa mujer
entrega al fin,
a la intemperie, el hijo.
Válvula abierta,
venas y labios riegan
con espuma
la vía láctea.

VESTIGIOS

Restos,
limaduras, terracota.
El sol gira
desparramando el polvo
del ancestro
por el jardín,
donde el pequeño escarba,
al pie del duraznero.

LO SECRETO

¿Y cuánto se ha dejado caer
entre las lozas y los tiestos?

Secreto te destinan los dioses parcos.

Pan de azafrán,
prestas aguas de aljibe,
la gracia entre los dientes.

Cifras, registros, resguardos.
¿Quién sino aquel que busca su riesgo en el oráculo,
en el balbuceante gemido y entre grietas,
puede agacharse tan abajo, detrás del matorral,
por una llave perdida, una moneda?

CUERPO

Un cuerpo era,
un cuerpo arrastrado
por la corriente,
sostenido
en las veloces piernas
automáticas,
y las palabras.
El cuerpo palpaba sus antípodas.
Leche terrestre, fermentos.
Arcilla, polen, insecto, succión
vegetal, trompa, pico, licores,
sangre en los vasos comunicantes.
Musgo, guijarros, arenas...

OFRENDA

La luz llena mis manos
enlazadas. Mi rostro,
aún tenue en la sombra.
Es de acacia el follaje
susurrante. La luz
acerca hasta mis ojos
las hojas levantadas
en aéreo animal.
Fragancia de la tierra,
complacencia del cuerpo
en reposo. Rumor
prendido del árbol,
urgido por el aire.
Como un sereno tajo
cae la luz en la ofrenda.

AIRE Y BARRO

Desde océanos de bullente limo,
aire y barro yendo hacia mi cuerpo.
El perfume.

La ofrenda.

PLEGARIA

Rizan las sílabas,
rozan torrentes
que el rito
no ha sometido aún.
Brotan las chispas.
De copa a copa,
océanos trasegados
que la mano levanta con fuerza
hacia el nadir.

A la noche,
yace extendido el cuerpo
sobre la mortaja.
Un aceite curado en viejos odres
se unta en la piel.
Suaves son los ungüentos.
Suaves y generosos.

Ya el cuerpo rejuvenece.
Palomas frágiles y dichosas
descienden por un ojo de buey
sobre los hombros.

La mujer permanece extendida,
en la penumbra.
Está la joven exhibiendo
un collar. La luz picotea
entre los fragmentos del coral.

Ligeras esquivas.
Constelaciones de un instante.
¡Leves colibríes sobre su piel!
Una escritura ancestral.
Una apuesta para el himeneo.

Cae un pedazo al piso,
una gota almibarada.
Cae la pequeña avellana
que colma dedos ávidos.
Fragmentos que el fingimiento enlaza.
La anunciación del ángel.
Mirada equívoca y esquivo.

Un olor de hierbas marinas,
de yodo y fangos primitivos,
llega hacia el otro cuerpo...

II

RETABLOS

ESCAPE

Se pierde la dirección del sendero entre los vericuetos del retablo. ¿Quién no confunde, al cabo y en la prisa, las salidas por las bocas de la mina, las puertas que abren los caudales de la ciudad hasta entonces ignorada?

Aquél se dispone al abandono de la búsqueda emprendida: se deja arrastrar al menos esta vez por el olvido.

¿Quién no salta alguna vez de un lecho y corre, huye enceguecido por el terror, febril, envuelto en la densidad de la sombra, acosado por el presagio que lame intensamente su corazón?

¿Quién no se arroja demente sobre la aurora, salta afuera por la ventana angosta, escapando de un grito que corroe, con la garganta atravesada por agujas, el arma blanca, el duelo?

A LA ENTRADA DEL PARQUE

Enhiesto permanece el roble en la vereda.

Ahí, a la entrada del parque, prende el rumor. Roncan
la mendacidad, la murmuración y el escarnio. La
fronda atrapa una imprecación de los amantes.

¡Qué poco tiempo tienen para ellos!

Entre las habladurías del charlatán, del irredento, allí,
se enlazan.

Señuelos del timador, tinglados del seductor, murmullos.
Murmillos de oratorio, de trastienda, de cortinaje.

En esa cháchara de feria, en ese tumulto asiré mi lengua,
sus dos filos.

Virtud de comediante, sagacidad de quiromántica,
canto en el tumulto.

Aprenderé a nombrarte, vida, vaso, con las huellas...

ESFINGE

La pareja se trenza sobre la hamaca.

Violento es el aire, perfume de las mazorcas de cacao.

Floración de los sexos, fermentación, caldo del
sueño y del gozo. Gritan los loros.

Por el mentón, la mano detiene a la hembra. Y aunque
ella viniese al mundo en un cobertizo bajo los plá-
tanos, es la única Bella Durmiente del bosque, aho-
ra real, cuando levanta el rostro y él puede abismar
la mirada en la profundidad de otras pupilas.

Más que un espejo, ese fondo arrastra hacia la Esfinge.

LUZ DEL DIAMANTE

Pasión de luz, pasión por ver lo claro. Sobre las retinas
se descargan fulminantes los rayos. No se resigna
el hombre. Quiere el diamante, quiere llegar al cen-
tro, al punto de claridad total. Quiere el extremo.

Pasión vidente la del ojo ciego.

La fulguración más intensa sigue al eclipse: el ojo negro,
el gran hueco, el vértigo.

ROCAS

La roca se adentra en las aguas, una mano escarpada que acaricia los flujos. Paraje de agrestes murallas, agujas que rasgan un cielo en cenizas. Sobre el basalto braman huracanes de granizo. Y el torrente, cuando acaricia, roe.

Resisten esas paredes de granito al embate que cambia las tallas de los despeñaderos, pero no permanece igual el lecho en la borrasca. Día por día la arena cercena la piel petrificada y el agua agujerea la roca del fiordo. De la misma piedra surge la arena que lima y corroe las superficies de afilados sables.

¿Y no es la misma roca testigo de ese afán contra el rozamiento y la catástrofe? Acaso su victoria asista bajo la fuerza que ilumina las aristas, en el resplandor de sus cuchillas buriladas...

Líneas que dibujan fuerzas, mapas de la pasión.
¡Farallones, llameantes reductos de quimeras!

El cántico se elevará en sí mismo, piedra sobre piedra, al puro impulso de persistir en sus domos, en sus dardos, en sus astillas. Es su nervio, es su médula.

Baña la luz los riscos. Y del susurro se desprende el pedazo que rueda sin punto de reposo hacia la sima.

POR LA CAÑA AÚLLA EL VIENTO

¿Hubo otro universo así, tan a la mano? Un universo
coagulado en un trozo de pan, en el tibio mordisco
dado en la fruta.

Aguas en remolino golpean sobre las cuerdas. Golpean
con su señal sobre la madera vibrante el huracán,
la desdicha, el furor. Golpean las otras brisas que
llegan de muy adentro. Desde las praderas y el
páramo.

Traen sus ruidos la catarata, el desplome de los troncos
trabados en el dique de los castores, el hermoso
aullido de las salvajes bestias. Festín, fortaleza,
celo, dentellada y degüello. Dichoso es el grito de
la hembra del lince, penetrada. Inútil, fatídico el
chillido del ratón entre las garras del búho.

La noche: aroma de hierba, de cebo, de lecho.

Por la caña aúlla el viento. Golpea la lluvia sobre el
polvo. Golpean los dedos sobre la piel del timbal.
Bebo hasta la embriaguez este aire, esta miel. Este
cáliz.

III
TRAVESÍAS

PUERTO

Naufragamos.

Mercancías apiladas en las tiendas hasta el techo.
De los ganchos cuelgan las reses. Y allá vamos
por un pedazo de lomo, por un kilo de vísceras.
Aspiro el olor del humo, cargado con la sangre
chamuscada.

Rociamos con soporíferos vinos el bocado.

¡El holocausto!

Salomón o Francisco descansan con la nuca apoyada
sobre el testuz de la bestia decapitada. Mi cuerpo,
territorio ganado palmo a palmo entre retazos...

Madame baja las gradas haciendo gala de su traje y
colorote.

Madame cuida su rostro, no mira directo hacia el
asfalto,

recoge su manga y sopesa en su mano enguantada el
mango.

Mi dama en el umbral: esa coqueta esfinge,
regordeta y recortada contra el fondo
de un anuncio: una marca de jabones.
Saludable...

Naufragamos,
en un bazar cualquiera.

Pero no te tragues el cuento, camarada,
yo no vengo en esa nave de casco negro

desde las islas prohibidas,
no voy para Ítaca, ni a hacer las Américas.
Mi puerto de embarque está al cruzar la esquina.

Sin embargo, el plebeyo
intuye en mis ojos abiertos mi ceguera,
advierte que me pierdo,
anticipa mi acechanza.
¡Ah, me traicionan las pupilas,
me descubren con el fuego! ¡Su seducción!
¡Ah, esos destellos del sol febril y fanático
restallantes en el perfil de la navaja!

Y mientras mondo la fruta,
la mujer se desvanece,
el cargador arrastra
la pierna de una res
(seguro: naufragamos),
y me oyen cuando silbo.

NUDOS

Tomé cuanto estuvo a mano.
Ni temor ni temblor.

Al cabo de la empresa
puedo exclamar, maravillado:
corto los nudos gordianos,
no los desato.

Y el nudo se rehace.

¿De qué otra manera podría detener
ese enloquecido remolino en que todo se mezcla?
Hay huecos negros, blancos, demasiado blancos.

Y aquí salto,
desde una silla,
desde un balcón,
desde la cresta de la roca al filo de los Andes.

Tal vez reaparezca en un punto distante,
como si Gulliver, perseguido por sus enanos,
danzara en los espacios de una cinta de Moebius.

¿Dónde vuelve a resonar la música de la sílaba?
¿Dónde tintinea la campana? El arco tenso,
¿en qué recodo vibra?...

Me aferraré a lo consistente, a mi cuerpo,
a mi cuerpo que colorea los agujeros,

respira y se expande. Péndulo
del reloj que encierra mi próspero minuto
y las ondas que me sostienen
cuando giran con el sol.

LECCIONES DE HISTORIA UNIVERSAL

Con Alejandro, la espada.
Digamos que Aníbal Barca,
con su penosa tropa de paquidermos,
resbala sobre las nieves alpinas,
se hunde en los pantanos, tan cerca,
tan cerca del fin las trompas se hunden,
se están hundiendo colmillos, grandes orejas,
sólidos muslos.

El soberbio quema las naves y otro defiende
los templos sobre el lago. Aquél,
empecinado en su libertad,
se está quemando vivo en la hoguera. Alguno
traza una raya en la isla Gorgona,
divide fortunas (¡habría que verlas!)
y salta hacia el Sur. Cualquiera
anota en un libro las cuentas. Anales,
libros de jueces, los hechos.

Ya otro está clamando por los pasillos:
que le construyan pronto grandes navíos.
¡Ah!, los arroja, irreflexivo, a la derrota,
lleno del odio que pervierte el cálculo.
Tan magnas naves, acosadas por barcos pequeños
que llegan de súbito por entre la niebla.
Y él, el gran avaro, encierra su hueso seco
y su pellejo entre frívolas doncellas,
monjas, mojigatos, lebreles de baba amarilla,
tras las húmedas piedras.

Alguno escribe. Ese confiesa,
sometido al potro, al fuego, a los pozos.
Y otro acaba por entrapar su fuerza
en gélidas sabanas. Ya la firma del armisticio,
conviene en dejar su herencia al museo nacional...

Yo bebo una lata de cerveza en la playa,
chupo mi cigarrito, imagino
paquidermos, barcos, cañones, cabalgatas,
soplo el humo, soplo la arena, soplo las aguas.

Y corto el lazo que ciñe la falda de la púber,
mis dedos por sus flancos nunca se equivocan.
Yo conquisto sus mieses, su aroma.
El calor tempranero del vello en esas tres axilas.
Dejaré por ella las viejas costumbres,
con premura abandonaré la mesa de la casa materna,
saquearé las bolsas por unas monedas.

Quiero llevarla al cine,
a la grata oscuridad de los graneros.
Hurtaré un ramillete, saltando las verjas,
y a la noche escaparemos,
tal vez en ese viejo ford.

¿Y por qué no?
Ella me ha conquistado.
Sus dientes menudos saquean mis piélagos.
Horada mis días y extiende su soborno otras mil noches.

BALADA DE LA AFRODITA DE ARRABAL

Al amanecer,
la hija abandonada del pirata
deja su cuartucho en las barracas
y corre a los tranvías. Su placer:
admirar el surgimiento de los edificios,
contemplar los volúmenes
entre la luz ligera, aún fría,
que avanza lentamente por aristas,
entre hendijas, bajo puertas,
resplandeciendo en el tibio cristal
de las ventanas. En un rincón,
al borde de una grada, el gato
lame un desayuno que el ojo
no alcanza.

Al amanecer,
mira hacia fuera,
detrás del vaho,
mientras se frota las manos,
la barbilla, junta los pies,
en el vagón que va a la playa.

Yo la escucho susurrar su balada
mientras baila descalza, empujando
con la punta de un dedo el montículo,
la obra nocturna del cangrejo
en la arena. ¡Ah, en su fina garganta,
cuánta tensión para traer el canto,

murmurado desde su pecho,
tembloroso! Un milagro
que soplan sus labios, tan leve.
Encubre su rostro,
sopla su música
hacia el horizonte marino.

Allá va, allá va, la loca
y nunca llegará el errante,
aquél que debiera llorar su eterna
desolación sobre su pecho pequeño.
Allá va, menuda, con su canto.

Y ahora que se vuelve a la ciudad,
por tres centavos te dejaría poner
tu torpe mano entre sus muslos.
¡Bah! Ya jamás tendrás esa canción
que ella susurra para el agua.
Una canción que escucho en la aurora,
desde su más profundo sueño.

¡TIERRA!

Una nao de marineros que perdieron la razón se adentra
en la tormenta. Danzan en cubierta bajo la lluvia,
mientras se bate el casco. Quizás cruzan el mar de
los Sargazos, quizás descienden por los rápidos
torrentes hacia el gran río.

Desde las riberas, ven pasar ese barco fantasma.

Cruje el maderamen. El Orinoco. Tal vez el Congo.
Bajan con pieles de nutria, entre salmones. O
descienden el Mississippi arrastrando troncos.
Barcazas atestadas, detenidas en los ríos del Asia.

Danzan en cubierta los marineros, se disfrazan.

El rey, la reina, la muerte y los obispos. Danzan los
escuálidos espectros, agitados, vehementes. Sin
quitarse las máscaras, ascienden por las cuerdas a
los mástiles, se cuelgan de los travesaños.

Y en una silla, en cubierta y mirando las estrellas,
Pascal presiente con pavor y fastidio el infinito.
Otros, acróbatas, saltan por la borda imitando al
delfín, sus artimañas.

¡Tierra! ¡Tierra! Hacia el poniente se elevan columnas de humo. Vienen los pájaros: guacamayas que chillan, quetzales, colibríes, un mar multicolor que se abate sobre las naos.

Yo no hablo de Colón ni de su empresa. Hablo de marineros que ayer cruzaban un mar muerto y hoy traen los talones heridos por las agujas de la sal.

Indagan a los dioses, miran fluir las aguas lodosas. Heridas las retinas por el cambiante color del oleaje en esas pardas masas líquidas que vomitan los deltas.

Hoy danzan arriba, en cubierta, envueltos en jirones.

Mañana tal vez van a cantar, tal vez van a morir. Mares de espuma crespa: la verde baba. Cuerpos arrojados hacia las aguas negras y profundas, cuerpos que bracean a pesar del miedo, del espasmo líquido, acechante, infinito.

¿Quién puede predecir el rumbo? ¿Dónde acaba la noche? ¿En qué puerto caerá el día, con una madreperla, un ramillete, una puñalada?

Mirando a las estrellas, a su acertijo, contemplando desde la barda hacia el abismo...

Sorda es la música de las profundidades. Silba el huracán y levanta el oleaje. Sordo el rugido que se dilata en la piel de la noche.

¿Quién pone sus labios tan cerca de mi rostro y
murmura una canción de cuna?

El botín, que guarda celoso el verso, naufraga, y veo
hundirse el secreto en unas sedas que mi mano no
atrapa.

RESCOLDOS

Salen de la nave los novios.
¡Que Dios se apiade de ellos!
Caían tórtolas desde los cables.
Halcones fatigados junto a las tórtolas.
¿Qué nos queda del Fénix?...
El puñado de polvo al pie de la parrilla.

¡Que Dios se apiade de ellos!
Rescoldos apenas en los rústicos fogones.
En la ciudad, se acababan las reservas.
Cenizas de otros cuerpos en las urnas.
O sobre los camastros.

Un muro de cuerpos arrumbados junto a la fosa.
¡Que Dios se apiade de ellos!,
clamaban nuevamente las madres y los viejos
en un murmullo sostenido a lo largo de los años.
Los muchachos escribían cifras muy largas en la
pizarra,
al claroscuro de un rincón. Tú estás solo,
mira afuera desde el agujero...
¡Que Dios se apiade de ellos!

MEMORIAS

Tal vez eran los restos de la Segunda Guerra Mundial.
Tal vez los restos de las guerras que vinieron después.
¿Cuántas recuerdas? Reportajes en la pantalla:
viste caer miles en Argelia, Corea, Vietnam,
en África, en América, en el Pérsico, en Sarajevo.
Y llegó el día en que ya no te sorprendió
la contabilidad de los cadáveres... ¿Hubo
cedro en el Líbano, ébano en Ruanda, azafrán en Irán?,
te preguntó entonces la muchachita tonta.

Restos ya sin jerarquías, apiñados, unificados
al fin en su destino. El polvo. Innumerables...
y sobre esos túmulos, con ese polvo encima,
¿aún escribirás tú esas memorias? ¿La nueva alianza?
¿Anales de un reino? ¿La diaria comidilla?
¿La noticia?

Para qué otro delirio, ¡oh, viejo!, ¡viejo!
La noche está muy fría... Falla la estufa
y el hielo petrifica cada hálito, cada pálpito.
Los pájaros caen en sus lechos de nieve.

En la trinchera hubo gente que nunca
entrevió un rostro enemigo. Aun así,
la gangrena aumentaba, el mal olor volvía.
Y casi nada que morder en las barracas.
A fuer de cañonazos,

las paredes se venían abajo. Me dije:
dispara, dispara, dispara.

Yo siento que una oscura nodriza
o espectral enfermera se acerca por los pasillos.
Son leves sus pasos, el vuelo de una alondra.
Los relojes suenan distantes. ¿A qué hora
llegará el fin del tiempo? ¿A qué hora
se abrirá en mi pecho una ventana
que me arroje al vacío? Mi puño
golpea sobre el cristal de la alcoba,
evocando el momento
cuando un susurro podría haberte herido
con el ala de un ángel.
Dispara, dispara, dispara.

Bebamos otra copa, la noche está muy fría.
Toda memoria es este miedo de acabar en fragmentos,
putrefacción del hígado, del riñón, del recuerdo.
Cercenado muslo. Inmensa fatiga del pie, de la mano.
Soy el sordo y el ciego... ¡Vamos!
¡Otra copa de brandy
para otra línea del relato sereno!

¿La guerra? ¿O acaso hubo juegos de artificio
en los parques del rey? Sobre el estanque, los cisnes,
Música de agua, Consagración de la primavera y
pretendientes.
¿Hacia dónde fluye la sangre de las víctimas?
Chamusquina en que vamos de círculo
en círculo alardeando de la ganancia o la pérdida.

¡Y la espartana te habla del valor y el patriotismo!
¡Has bebido sus leches feroces!
¿Quién no emparenta con la hiena o el buitre,
con un pedazo de carroña
dejado atrás, sin piedad, en las arenas?...

¿Adónde, adónde tira la memoria?...
A la carne tibia del muchacho hambriento,
a la succulenta rata de albañal,
al pedernal que enciende la hoguera,
a la luz que te deslumbra
y muestra tu torso desprevenido...

Traerán pontífices para consolarnos,
allegarán parientes sabios a explorarnos,
mercaderes hábiles para vender recuerdos,
vendrán las memorias, las contramemorias.

Dispara, dispara, dispara.
Que me voy desgranando.
Que me desparramo.
Son sólo un juguete mis sílabas ...

ARQUEOLOGÍA

¡Eh, tú! ¡Vuelve tu rostro!
¿Habrás libado de las leches cortesanas del espanto?
¿Habrás corrido escaleras abajo tras las madres,
mientras flacos muchachitos trepaban
las pilas del carbón, allá en los sótanos?

Antes o después, la madre mordía lentamente
una remolacha y una rebanada de pan negro:
la cuota del día.

Antes y después, buscó certeza
en esa carne tibia del pequeño.
La tierra bramaba
y en la pared se abrió esa flor
ceniza.

Hoy vuelves tras los restos.
¡Mira bajo tus pies,
a tu sustento!

Mira ese trapo manchado,
La jarra desportillada,
la mecedora en astillas.

¿Cuándo fue que te adormecían
con la canción?, ¿cuándo
secaron tu lágrima de chanzas?,

¿cuándo murió en ti
la fe en el agua
y la razón del fuego?

... Yesca el espíritu,
¿y el cuerpo, algo más que estopa?

DUELO

Nadie veía las arrugas precoces
en los rostros tiznados.
Nadie se detenía a contemplar la sima
en los rostros tan tiernos.
Malgré tout, algunos sobrevivieron
protegidos por las zarzas y las rejas.
Otros dejaron de vomitar su sangre y su pus.

Un pájaro ceniciento lucha por sostenerse.
Cae en la nieve. Envuelve su cuerpo el minúsculo cofre.
Las sábanas tienen las manchas del uso.
En jirones flamean luego, en batallas domésticas.

Una viuda sin edad, un anciano huérfano,
alguien cruza el patio hacia los cobertizos.
Lo que quedaba en pie, hoy se derrumba.
Sobre las tumbas, se yerguen consistentes
las nuevas fortalezas, los bellos edificios.
Las muchedumbres sucumben. Y otras
se ponen a la obra, levantan los bastiones.
No hay duda, se progresa.
¡Di tu oración al Dios y cumple el duelo!

CONFESIÓN

¿Quiere un bufón el rey? ¡Y vaya con el reyezuelo!
¡La distracción y el consejo del amigo!
¡Extranjero! Bienvenido...
Sí, con mis piruetas pondré a sonreír al príncipe.
Te lo aseguro. Haré lo posible. Y aun lo imposible,
si tan sólo su efímera gesta me asegura el mendrugo.
Traedme una silla, un plato de garbanzos, naranjas.
Estarían muy bien esos pechos de las doncellas.
Concéntrate, señor, ahora es tu juego.
Amenaza el obispo a la torre del rey.
¿Y de qué te van a valer, príncipe,
mi laborioso acertijo, mi aguzado silencio?

Yo quiero preservar los peces dorados
al fondo de la corriente, esa ciudad.
Desciendes hasta allí
y quizás en el albergue de una anciana
aún conserven las ciegas cimitarras:
honor de los degüellos del pasado,
arqueología de sagradas correrías,
los restos del saqueo,
herrumbre de otras guerras dinásticas
entre las tribus escogidas
en la afrenta del dios...
Hoy poco queda, poco o nada,
salvo esos peces que guarda Sherezada
en su regazo, esas preces, sus ojos.

En su regazo. O en mi relato
puesto que hundí, señor, mi sueño
en su redada.

Y entonces acercó el moribundo
sus labios a mi oído:
¿Para qué tentar en la noche de tal modo?
Preserva tu poder, oh príncipe, a sangre y fuego.
Hoguera, hierro, aceite hirviendo.
Crucifixión al borde del camino. La horca. O la orca.
Pues si te tiembla la voz, o hay sabor amargo,
toma un laúd y escoge cueva en la montaña inaccesible.
Ahí postula. Que te escuche el gusano.
Pústula, garabato, acertijo.

¡Oh, mercader, cuánto me halagan tus promesas!
Pero, permíteme: sostén por un momento mi capote
raído.
Por dentro vengo desnudo y el sombrero es de paja.
¿Un gusano? ...El bufón.

¡Ja! ¿Pero soy en verdad el bufón que espera la reina?
Está lista la audiencia. ¡Vámonos,
vámonos! ¡A las piruetas!

Y si vuestras graciosas majestades
—digo, es un decir—,
si esto congrega expectante el rebaño,
puedo examinar la lengua al heredero.

Su fiebre, su orina, su excremento. Aunque hieda.
—Y hiede sin remedio—. Veré si mi plática

levanta su ánimo caído,
su alita. ¡Ay, ni la más leve sonrisa!
¡Un rostro taciturno!

Luego,
que descubra el príncipe que está más atrapado
que una zorra. Enredado, engastado, cercado...

Nadie tiene sus llaves,
nadie,
nadie quiere llegar al fondo de sus cuestiones.
Nadie sabe si hay un saco sin fondo.
O la límpida sábana superficial del agua.
Debajo, su imagen.

Y yo cobraré mi paga como cualquier comediante.
De aquí me verán volar (a hora muy temprana).
Soy del reino de este mundo,
pero no cabe duda: las brujas me esperan
en las lindes del suyo. Señor,
una hunde la mano en mi cráneo,
otra hurga con su largo dedo en mi aorta,
y la tercera danza en mi reloj...

AYER

Ayer, el crac-crac de la pisada sobre las hojas secas, y en el breve espacio entre un sonido y otro, la risotada de un diosecillo jocos, jorobado, encogido en el puño.

No dirás tu oración por lo eterno en su presencia, mascullé entre dientes. La fisgona calavera, sus dos globos multicolores, su perezoso ronroneo a mis espaldas, ayer, entre el crac-crac.

Ayer, una lengua menguante, su sombra en la pared de la caverna. Una llama de alcohol, esa luna creciendo arriba, columpiándose en la seda rasgada por una uña eléctrica.

La quimera tendida en el lecho. ¡Ah, esquivos ángeles! ¡Vuestras lágrimas de cera sellan los labios del mensajero!... Y una hermana caritativa, con su máscara, atraviesa el patio, entre los tiestos.

El mensajero se encubre el rostro. Demasiada ginebra empapando el seso, ayer, para correr hacia su regazo, para volver atrás, a los cinco años de edad, a la boca de una caverna con una luna roja y asible al fondo.

Ayer, mi madre, en ropaje de sirena, rodeaba al vástago.
Hoy unto en la rebanada de pan huevos de esturión.

Mi arpón se hunde en la herida del cetáceo. Blandiendo
mi maza danzo en cubierta y, borracho, maldigo
del mar, maldigo del rayo que ilumina las aguas,
maldigo del llanto.

Ayer, después del festín junté a los gatos para que lamieran los restos del plato. Y con la migaja tragué la desesperación de saberme la leve sombra entre dos adioses.

Quiero acordarme, antes de la valentía y de la infamia,
antes del huevo, antes de la caricia. En el puro fluir
de las sílabas, en el golpe de la sangre,
en el impulso.

Ayer, en el supremo ayer, sólo hallo olvido. La madre recoge el mantel, lo pliega, lo guarda silenciosa en el baúl. Y sin quererlo, mi ceremonia se hunde en su tumba.

Ayer, el diente del perro sobre la presa. Y en el instante en que el ave era alcanzada, cesando el vuelo, precipitaba al mundo, arrastrando mis huesos.

IV

VECINDAD DE LENNON

ANUNCIACIÓN

Quizá un día, entre esa música, el follaje, el piar, y en un murmullo, sabría el hombre por labios de tímida mujer que llegaría el hijo. Cuando sería un punto, mórula incierta, mínima moral, tenaz crecimiento de un canto bajo su propio impulso. El minúsculo ruido, inaudito, inaudible, un ligero tamborileo apenas pegado a la pared de la arteria.

¿Tuvo entonces el padre tiempo para poner la mano sobre el vientre de la madre, tembloroso, o ya corrió ebrio a hundirse en pestes de taberna, perros sarnosos a sus pies, escupitajos en el aserrín, cerveza amarga?

Quizá un susurro los haya juntado nuevamente. Un sollozo. O cayó entre ambos un tajo de silencio absoluto, abierto por el hierro.

¡Cuánto pudo cambiar el mundo en ese instante! La verdad, en error. En rencor frenético, la voz del amante. Pudo quebrarse el tiempo. Pudieron cerrarse las aguas sobre los cuerpos, hendirse los techos.

¡No sobrevivirá la casa sino en ruinas! ¡En la ceniza del altar doméstico! Consumidos los manes, arrasadas las alacenas, abandonados el horno y dos platos.

Quizá suceda que el amante recoja suavemente el rostro de la hembra entre sus dedos, coloque los labios en sus ojos, selle el pacto.

ENLACE

Leche de cuarzo, leche de ébano, la que amamanta al
rebaño de la tribu perdida, esa tribu que sesteá tras
las empalizadas y, ante el presagio, exhibe sus ído-
los.

Agazapado entre la maleza, en las proximidades del río,
el viejo chamán sopla tabaco y aguardiente alcan-
forado sobre los cuerpos.

Bajo la luz lunar...

Una furia de levíticos demonios levanta estalactitas
trenzadas para detener esa manada perseguida y
maldita.

Un pueblo que huye con sus dioses y trepa la montaña.

No, mi canto no podrá salvarlos del desastre. Si acaso,
quedará en unos labios jóvenes y débiles.

Ya mis ojos se han puesto a rotar sobre otros ojos, en
torno a esos soles. O son ellos, lejanos, lejanos, los
que están girando.

En mi cráneo.

Precoces leones saltan sobre la presa. El horizonte es devorado y allí, en el núcleo incandescente, las cosas se alejan de la mano, escapan de la mente.

¡Oh! Son el crimen, la poesía, irguiéndose en su enlace.

¿Por cuál orilla leve, por cuál dintel umbrío transita el mensajero hasta esa garganta de la víctima?
¡Apréstate a la sorpresa, el cantar es tu oficio!
Cuando menos lo pienses, cuando no lo esperes, el rayo fulminante atravesará tu médula.

Pero ahora, en la placidez del himno, el furor adolescente raspa por simiente, por agallas. Dispara. Dispersa ese polvo dorado, dentro de los jardines, pese a los muros, pese a la guardia.

TEATRO DEL MUNDO

Una masa de actores y espectadores conspicuos,
obsesivos, enmascarados, sinceros, tenaces, misioneros,
traidores, trotamundos, tahúres y densos borrachos,
lúvidas muchachas embellecidas, perfumadas,
lustrales madres adornadas con violetas o sargazos.

Muchachos que venían de echar napalm sobre aldeas
asiáticas,
muchachos que prendían la estrella roja en sus boinas.
Camelleros. Parsimoniosos monjes de las altas sierras,
marineros perdidos, encontradas hermanas en los
falansterios,
solitarios que fueron arrancados del banquillo
ante el absorto mirar del magistrado,
obreros que habían parado los puertos y el esquírol,
a su vera.

Amas de casa con sus pasiones desenfrenadas
ocultas bajo capas de cold-cream...
Fanáticos, derviches, estoicos, estóolidos,
escépticos, cínicos, críticos. Vagabundos tercios.
Una cofradía de torvos, sanguijuelas, mercachifles,
honrados, proxenetas, santos, prójimos.

Santos inocentes. Tristes santos
aquejados de perenne tos.
Y alegres santos bullangueros:

con las guitarras al hombro,
los saxos, las pelotas, los cigarros.
Y bajo la camisa, ¡cada demonio!
Yo, la algarabía.

MUCHEDUMBRE

¿Estaba Lennon en esa muchedumbre serpenteante
aglomerada ante las rejas del estadio?
¿Estaba allí, era tal vez aquél
desdibujado en el sopor de la tarde, ese verano?
¿Corría ya fundido en el fervor de esa muchedumbre
que descendía por la calzada, detrás de los atletas?
¿Llevó la pelota hacia las redes?
¿Hurgaba por el graderío,
buscando complemento en otro rostro?
¿O caminaba pausadamente entre las sillas,
por la terraza, bajo los parasoles,
tras la piel de la joven, en pos del muslo,
con un vaso de cerveza entre los dedos?
¿O una tarde, adormecido sobre sábanas sudadas
de un hotelucho en el trópico, sintió en el pecho
el cimbreado salto de una rana?
Nada excepcional...

Y junto al riachuelo de la sierra,
años después, días atrás,
dormitando bajo los sauces,
descuidando la caña de pescar,
sentiría que una niña besaba el sapo,
sobre su corazón...

Hoy pasa la procesión en ruta hacia el santuario.
Van descalzos sobre el pavimento hirviente.
Cargan sus ídolos sobre pesadas naves.

Pasan cantando.
Y en otra hora, rebeldes,
bramando y jadeando habrán fluido en multitud
hacia el despojo.

¿Estuvo entonces junto a los del coro,
los coronados y esa mano
que sostenía en alto las ofrendas?
¿Con sus ramas de mirto
o ya el brebaje? ¿Danzaba ya en el patio,
fornicaba detrás del mostrador en la taberna
o se dejó llevar al cabo por la corriente
hasta la arena del gladiador
o hacia el palo donde colgaron al santo ya su bruja?

¿QUIÉN TE HABLÓ EN LA NOCHE DEL CUERVO?

¿Quién, sobre la cuna, te habló de modo tan oscuro?
¿Quién balbuceaba el nombre, Lennon?
¿Quién se agacha en la noche del cuervo
y lame tu rostro? ¿De quién esos labios?
Cabezas amalgamadas... El crimen, la poesía,
mordisqueando la carne.

LA MADRE

Trepábamos saltando la escalera en la casa de
 inquilinato.
Mi madre fregaba con la estopa el suelo sucio.
La vi encogida, con sus trapos, lustrando
la Puerta del Juicio Final en Santa María de las Flores.
La vi de hinojos, puliendo el piso del Escorial.
Su sombra, en una contorsión churrigueresca, era
 columna.
Muy rápida cruzaba con su trasto hacia la fuente.
La madre con el agua y el regazo.
Y en una exhibición de sus destrezas,
también la vi encaramada brillando en altos
 ventanales modernistas.
La sorprendí, luego, de monja genuflexa
en la capilla de Tlalpan, bajo el rayo de luz
 que corta las aristas.
Para sus manos, la escalera vibrante,
un piano, y allí, ella y yo, a nuestro paso,
canturrábamos. Antes y después de los incendios.

ADEMÁN DE PODERÍO

He trabajado puliendo unos versos, ya entusiasta, ya transido de dolor y gozo, seis, siete días con sus noches.

Rendido a la seducción, dedicando mi esfuerzo a la armonía y a encontrar los pozos para la disonancia. Un demiurgo, sí, sin duda.

¿Entonces?... ¿Bailaré encumbrado en la bóveda de la Sixtina, bajo las mismísimas manos de Dios y de Adán que ya van al encuentro?

¡Oh, el propietario de las guitarras! ¡Y mi novia ebria, ya casi viuda, con un viento que levanta el plumaje multicolor de los techos, a su paso por la sabana!

¡Oh, este amago de poderío!

¡Seguro!, allá arriba está la luna y calle abajo van los perros. Brilla. Ladran. Y bajo mi capote, la basura, el lodo, el débil resplandor que me deja el abrazo.

HACIA BABEL

Camino hacia las construcciones de Babel. Camino por terrenos farragosos, hundiendo mis botas en esa mezcla gelatinosa de tierra, algas, aguas empoçadas, arena y basura.

Una mezcla de anillos ocres, filamentos amarillos, riachuelos violáceos del grosor de un dedo... Consistencia de almejas, alquitrán, placentarias lagunillas donde boquean las larvas.

Camino y camino desde el amanecer y ya cae la noche. Tal vez he extraviado la ruta. Babel se encontraba tan cerca en la mañana, a pocos pasos, casi podía palpar sus muros.

Ahora apenas distingo entre las sombras el perfil de sus domos, ya muy distantes, inalcanzables. Con cada paso, me alejo más de esas torres.

¡Heme aquí! Agotado, braceando, sacando de mí mismo los restos de energía por solamente el miedo de acabar paralizado en la ciénega.

Levanto las piernas en el aire pestífero, una tras otra, chorreando la baba. No, no es ejercicio de la danza, apenas precario equilibrio.

¡Heme aquí! Harapiento, crecidas las uñas descomunamente, un derviche que ha huido del mundo y se esconde por años en las cavernas de la montaña.

Yo. *Ich. Moi...*

Que al abandonar un cuarto de hotel apenas hoy, a la mañana, me veía en el espejo, apuesto, rasurado, extranjero, el traje de lino, la pluma en el sombrero.

Pájaros agoreros graznan desde los árboles. Y allí está la mujer. No puedo distinguir en la penumbra su máscara. No puedo saber si es vieja, si es joven. La veo bailar, escupir.

La escucho reír y graznar.

Ahí va, ahí va, esa piltrafa. Ahí va, ahí va, hilando, enhebrando, con su médula de incertidumbre, con su pelambre de relámpago.

La bruja danza entre las desnudas ramas del ceibo. La pornógrafa, atada a esas figuras retorcidas, obscenas, desmesuradas, fantasmales. Y se hunde en las oquedades del árbol sagrado.

¿Acaso habló ahí? Debía ser alguna otra la oracular sacerdotisa de la encina. Ésta, la de voz enronquecida, la de estoposa lengua estrafalaria, la estrábica, exorbitante, estática.

La que me mira, la que me increpa, ¿de dónde viene con
su balbuceo?

Camino, camino, arrastrando el peso del suelo
pantanosos. Con mis espejuelos salpicados de barro.
Ya la noche se abre y miro a Venus hundirse en el
horizonte.

No sé si mi clamor llegará hasta Babel. No sé si sólo
sueño. O si soy el sueño de un hombre cansado,
que balbucea en su extraña lengua entre las gentes.

HABITANTES DE BABEL

Habitamos en Babel. Circulamos sus rincones, sus trampas, sus máquinas. Moradores de las torres, equilibristas al filo del andamio, vagamos por colonias laberínticas.

Muchedumbres que amalgaman las edades, cuerpos que forman los meandros de Babel. ¡Ah, Megalópolis, cuna de bárbaros, calles para el vagabundeo y el comercio!

En el principio fueron los verbos. Múltiples, disímiles.

En el principio, ya los padres imprecaban encaramados en sus banquillos, sus balcones, en plataformas engalanadas. Y abajo, levantando túmulos, montículos, tumbas, templos, columnas, obeliscos en amplias avenidas, los obreros laboriosos, antes en andrajos, hoy con su emparedado y su botella de leche.

O en silencio, a la entrada de las jaulas.

En el principio, príncipes a lomo de camello, de suntuosos paquidermos, o en sus coches ornamentados, desde sus tronos labrados en maderas preciosas, gritaban sus verdades entre loros y monos.

¿Los oí predicar en su sánscrito, su griego, su hebreo, su latín, su inglés, su tejano, sus lenguas romances?

¿Hablaron para mí desde sus reductos almenados,
sus mezquitas, sus catedrales?

Oí al anacoreta, al santo, al escéptico, y en un recodo,
envuelto en sus mantos y agitado, algún tribuno
creyó tomar mi palabra entre sus labios.

A unos pasos, oí el murmullo de alguien que ascendía
la escalera hacia el patíbulo. Algo dijeron para mí,
detrás de los muros, aquellos que estaban secándose
en los sótanos. Gimieron los sometidos, gimieron
de rodillas bajo el verdugo. ¿Fue para mí esa queja?
Y en mi nombre, ¿algún iconoclasta encendió la
hoguera?

¡Bah! ¡Los poderosos enardecidos y los débiles, a sus
pies, cantando himnos!

Abajo, donde el muro se apoya en el légamo y la arena,
donde la hiedra hunde sus raíces y las algas apestan,
en esa diversidad de lenguas, traficaba el cómico
con lo nimio, invocando la gavilla y persistiendo.

Lengua dorada: la del trono.

Lengua adobada: la del cómico.

Dardos, aldabonazos, súplica, veneno, maldición, huella
en el cuerpo aniquilado. Las lenguas de la doblez.
De la servidumbre voluntaria y el oprobio.

¡Y esa risa del loco que se sentaba a escuchar el ruido del
tráfago en Babel!...

CANTINA LIVERPOOL

La luz se vierte en sangre. Párpados entreabiertos de las muchachas recostadas a la orilla.

Sobre su leve vello, pequeñas burbujas que dejan, en apresurados besos, el deportista y el guerrero.

Un vaho tibio en esa atmósfera cargada de humo de tabaco. Hilos o cuchillos que hilvanan o cortan esos retazos.

¡Bah! Sólo son restos de la existencia. Fingimientos, carcajadas que recomponen las máscaras, vientres abultados, rostros de pómulos dolientes.

Desde el fondo, surge la flor violácea que lleva esa muchacha en la sien.

Sobre el húmedo suelo de la taberna, huellas que se han tornado costra, mugre imbatible, territorio ambiguo en que se enreda el ángel.

El fauno, mientras tanto, desciende por la escalera, en baile y risotada. Lo aplaudo. Lo beso. Lo alabo. Maestro de la diatriba, juguetón, cambia de aspecto en cercanía de aquello que permanece detrás de los mantos.

Y hay un ciego que abre los postigos y se precipita en salto mortal hacia la alcoba. ¿Va por los brazos del camarada? ¿Por labios que, como el amor fugaz, insinúan una promesa oscura?

¿Va porque hay que ir hacia algún lado, fingiendo seriedad y aun buenas maneras en medio de la juerga? ¿O es el miedo?

Aun hoy, aquel santo eremita, entre la multitud, persigue la lepra y el error. Escucho al padre maquinar patrañas para alejar al pródigo. Y una madre, maldiciendo, destroza las sábanas y el lecho.

El verdugo sonríe y pacta en las tinieblas con la víctima. Muñecas despedazadas descienden hacia su basurero.

Pero tienes tu minuto para el canto. Y bailamos en torno del flautista, en el fresco fervor que atrapa el instante, el bullicio, la crisálida.

Tú, lector, fingidor. ¿Cara o cruz?

Puesto que pudiste voltear las palabras por su revés, acurrucarte entre las bancas de cualquier iglesia, guarda bien tu piedad burocrática. Pudiste parlotear y no decir.

Pero si abriste el grifo, sólo te espera el brinco sobre la cuerda suspendida... ¡Salud!

LOS DONES

Si te detienes a contemplar por un instante ese pequeño arsenal, el diente de la mazorca, puedes mirar lo muy distante en ese grano: un centro inabordable, innominable.

No puede la mente asir la infinitud, ni la ficción cercar lo singular hasta agotarlo.

Tal esas lenguas de innumerables hilos en las coníferas plantadas al borde de los caminos, que cantan su melodía sacudida por el viento, su melodía casi inaccesible, así tu afán se pierde en la penumbra.

Cada puerta se abre hacia un mar, inexplorado. Deja que el ciego profeta que te acompaña escarbe entre los pliegues de sus escasos dones.

Acércale los platos, los confites, aproxima a sus labios una copa áurea, lleva a su olfato las carnes que se asan.

¿Y qué resuena también en mi memoria? Aquellos cantos de mujer entre los arrecifes o esa antigua música de la noche... Esa música de las esferas que te sorprende a veces en medio de la estepa, en el hueco mismo de la borrasca.

Quizá invente para mí un relato. ¿Una epopeya? Tal vez
una fábula torpe. La reconquista de un verso que
yacía olvidado.

Un rumor en el umbral.

EL UNIVERSO Y MI MUERTE

Soles ahí fundidos,
caminos transitados que se anudan.
¡Cuánta peste, blasfemia, oráculo,
rezo, humillación y cordura
ofrecían sus frutos!

Nuevamente encendidas las imágenes
desde el soplo que irradia el arco,
el soplo en las cenizas de la herencia
y sus incitaciones.

Como si tuviera en la palma de la mano
un universo que quisiera volver a comenzar
desde su big bang...

¡Ah, entonces, extendiéndose en la sabana infinita
de lo posible!
¡Tan cerca del rumor que asciende desde el lecho,
que gime en la cópula,
susurrante en la paja del cobertizo!

¡Ah, entonces! Desde su big bang hasta mí,
el universo atado al pulso de mis instantes, a mi
muerte.

FINAL

El fogonazo abre los pétalos de la rosa final.

Roja asciende a través del pecho en la noche. Y
con el estallido resuenan los antiguos cobres,
las maderas.

Un gran bombo ancestral golpea en los pasillos, ante
las puertas.

Vuelan en añicos el ventanal y su paisaje. La navaja de
un trino revolotea entre oboes, clarinetes, flautas,
para perderse en el virtuosismo del arco sobre el cello.

Trino y luego algarabía.

Monos que aúllan rasgando el aire, el estertor del faisán,
el lamento nocturno tras el degüello en la sabana.

Baja la luz hacia la nieve hollada. La orquesta desciende
hacia las fosas. La noche se precipita en una boca
insondable, sorda, demasiado sorda a ese rumor fi-
nal que se alarga entre los muros, entre las grietas.

¡Ah, la singladura del verso y del acero!

Una densa hojarasca que almacenó el otoño sopla
el tifón sobre el poeta. Nieve en el rostro, ceguera
en la blancura de una luz cruel, que difumina los

cuerpos y diluye la sombra de la amante corriendo
hacia su mano.

La propia mano se desintegra. Lejos, alejándose entre
el enjambre de las luces de Nueva York, los restos
de un piano dejado caer sobre el vacío. Suena
aún la fuga. Postrer susurro de los posibles que se
escapan.

En un instante, la rosa, definitivamente negra, cubre
el firmamento. ¿Qué se puede mirar adentro del
diamante que corta la carne? ¡Ah, corazón altivo,
nervio templado! No basta el coraje para asirse
firme a la cuerda...

Un dedo descomunal, divino, monstruoso, hurga en
la pulpa. Hurga entre los capilares, en la garganta,
en el cerebro.

La fatiga corroe el músculo y se derrumba el cuerpo.

¡Ah, la poesía y el crimen, disputándose a dentelladas
la vibrante cuerda de la existencia!

Negra la nieve. Negra luz espumosa sobre las aguas.
Desde la sombra se devuelve la rosa hacia otro
espacio, hacia los labios amorosos que sostienen en
susurro la cólera del grito.

V

LOS JUEGOS DE LA TRIBU

LA TRIBU

La tribu asiste al espectáculo. Algunos permanecen cómodos, hundidos en poltronas. Otros atisban desde atrás, estiran los cuellos, buscan espacio entre los cráneos delanteros. Todos fijan ahora su mirada en las pantallas. Alardean, se regocijan.

Se agrupan en torno a las pequeñas máquinas electrónicas, pulsan botones y palancas. Apuestan, salvan escollos, trepan, sortean abismos, bajan, saltan, aplastan al enemigo con sus tanques, lo bombardean con las escuadras de aviones invisibles a los radares, lo aniquilan.

Con la victoria, cada uno arroja afuera una pequeña parte del Mal. ¡Un espectáculo del fuego eterno que el Dios descarga sobre las tribus de abajo!

Y tras los jefes de las tribus de negro y de blanco, que ya se aprestan a su exterminio, la masa de espectros acicateados va a las brasas.

Reses de matadero pasan las cribas entre las sobrias líneas de una arquitectura amasada con tierra y agua, con cal y cantos, generación tras generación, hoy mortaja de escombros.

Arriba, en la tribu que contempla, se instruye a cada cual sobre las tácticas de ubicación del blanco, el ritmo con que se activan las palancas, la fuerza del golpe.

Los periodistas describen la precisión del disparo y
el entusiasmo. Los sacerdotes santifican. Los ex-
pertos evalúan, corrigen y programan, y el filósofo
tribal atraviesa el espacio con sus ojos regocijados.

El crupier lanza los dados. La risa de Lennon vibra
en el chasquido de las aristas cuando chocan. El
crupier se inclina cubriendo el paño con la sombra
de su melena. Tampoco esta vez se abolirá el duelo.

Arriba: fanáticos, alucinados. Como tal vez acontezca
con los de abajo, la tribu vencida, que ahora va ha-
cia la hoguera.

Y los ojos del saurio mutante, vuelto hacia la
desmesurada estatura de sus ancestros...

Una tribu que camina hacia el desierto. Banderitas
que elevan sus muchachas púberes, en sus saltos
frenéticos. Souvenirs, botones, paraguas, bastones,
cascos, maquinillas de uso personal.

Ahora se construyen cálidos albergues con la chatarra.
Dejan en la estantería, junto a la pantalla, el cofre
con los huesos y más restos.

Al sur hieden los cadáveres, hiede el humo que levanta
el viento huracanado desde la chamusquina.
Exterminada la tribu de abajo, arriba asisten al
jolgorio. Danzan las viejas actrices entre los muslos
de los soldados: los mejores, escogidos entre todas
las razas.

La especie asegura así quizá otro milenio. Pero la
garra del siglo, impía, abre la panza del saurio.
¡Chatarra! Sumos Pontífices levantan sus báculos
sobre las muchedumbres. Saumerios, salmos. Mor-
cillas. Boquea el saurio.

Boquea con su obnubilada memoria fija en los grandes
bosques del Jurásico. ¡Ah, la especie glotona! El ce-
rebrito febril sólo conserva una imagen difusa de la
catástrofe y la enervante sucesión de las metamor-
fosis entre las rocas áridas.

Un pie descomunal aplasta la cabeza del pequeño
saurio. En la explanada: salmos, saumerios.
Morcillas.

ÍNDICE

Iván Carvajal y el vértigo contemporáneo	
<i>María Augusta Vintimilla</i>	7
I. PRESAGIO	
	25
Aurora	27
Noche	29
Nacimiento	30
Vestigios	31
Lo secreto	32
Cuerpo	33
Ofrenda	34
Aire y barro	35
Plegaria	36
II. RETABLOS	39
Escape	41
A la entrada del parque	42
Esfinge	43
Luz del diamante	44
Rocas	45
Por la caña aúlla el viento	46
I	
III. TRAVESÍAS	47
Puerto	49
Nudos	51
Lecciones de historia universal	53
Balada de la Afrodita de arrabal	55

¡Tierra!	57
Rescaldos	60
Memorias	61
Arqueología	64
Duelo	66
Confesión	67
Ayer	70

IV. VECINDAD DE LENNON 73

Anunciación	75
Enlace	77
Teatro del mundo	79
Muchedumbre	81
¿Quién te habló en la noche del cuervo?	83
La madre	84
Ademán de poderío	85
Hacia Babel	86
Habitantes de Babel	89
Cantina Liverpool	91
Los dones	93
El universo y mi muerte	95
Final	96

V. LOS JUEGOS DE LA TRIBU 99

La tribu	101
----------	-----



Esta edición de *INVENTANDO A LENNON*
se imprimió en septiembre de 2026,
en los talleres del PrintLab de la Universidad del Azuay,
con un tiraje de 300 ejemplares.
Para su diagramación se utilizaron tipografías
de la familia Minion Pro.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

Como lo ha señalado el propio Iván Carvajal, *Inventando a Lennon* (publicado originalmente en 1997) surgió durante su estancia en México a comienzos de los noventa, estadía determinante en su itinerario vital e intelectual. De esta experiencia surge la metáfora de Babel, la ciudad laberíntica, emisora incesante de signos, percepciones y sensaciones que atraviesa este libro hermoso y desafiante.

«La figura de John Lennon, que aparece en el título y reaparece de manera explícita o velada a lo largo del poemario, abre la pregunta sobre el destino del arte y del artista en el mundo contemporáneo y, más precisamente, la reflexión sobre el poema y la escritura poética, su relación con lo real, con el mundo de la vida, con la historia, con la memoria personal, con el lenguaje, asuntos que son la materia y la sustancia de este libro», anota la crítica María Augusta Vintimilla en su exhaustivo y minucioso prólogo.

Nos alegra inaugurar la colección «Poesía Equinoccial» con uno de los títulos centrales en la trayectoria de Iván Carvajal, nombre cardinal de la poesía ecuatoriana contemporánea.

ISBN: 978-9942-54-158-1



9 789942 541581

